

LIBRO XVII.

DESDE LA MUERTE DE JUSTINIANO HASTA LA DE SAN GREGORIO EL GRANDE.

DE 565 A 604.

El emperador Justino, sucesor de Justiniano, ostentó algún celo en favor de la religion: levantó el destierro á los obispos, excepto á San Eutiquio, y expuso su fé sobre la Trinidad y la Encarnacion en un edicto que aprobaron los ortodoxos. En él exhortaba á los cismáticos á reunirse á la Iglesia; pero dejaba entrever claramente la intencion de no molestarlos; de suerte que sus exhortaciones no produjeron efecto. No mostró la misma tolerancia con los hereges. La secta de los gaganitas ó incorruptibles, habia comenzado de nuevo á celebrar reuniones en Alejandria, y como eran muchos, eligieron obispo á su areciano. El emperador le mandó prender, y le envió desterrado. Los teodosianos ó corrupticolas, eligieron tambien un obispo; pero le consagraron secretamente. Las costumbres de Justino no correspondian con mucho á este celo aparente: entregábase á las pasiones mas vergonzosas y extravagantes: su avaricia era insaciable; y lo vendia todo, hasta los obispos. En el año primero de su reinado, restableció la libertad del divorcio abrogado por Justiniano. En el de 570, echó de Antioquia al patriarca Anastasio, por pretexto de que disipaba los bienes de la Iglesia; pero en realidad, porque el patriarca no habia querido darle dinero, y puso en su lugar á Gregorio, que ocupó aquella silla cerca de catorce años. Este habia practicado la vida monástica desde su juventud, y gobernado sucesivamente varios monasterios, y era abad del monte Sinai, cuando le pusieron en la silla de Antioquia, donde se distinguió como su predecesor por su firmeza, prudencia y caridad. No tardó en declararse la guerra entre los persas y los romanos, y mientras que era asolado el territorio del imperio, continuaba Justino abandonado á los mas torpes deleites. Advertianle todos los designios de los enemigos y el desórden en que se hallaba su ejército; pero él no queria creer estas noticias desagradables, y los persas, llevando por todas partes el incendio y la muerte, avanzaron casi sin resistencia hasta Antioquia, cuyos habitantes huyeron. El emperador, no pudiendo ya poner en duda lo que tantas veces le habian repetido, quedó tan consternado, que perdió el juicio. La emperatriz hizo que diera el titulo de Cesar á Tiberio Constantino, cuya clemencia, bondad y desinterés son elogiados. De allí á cuatro años fué declarado Augusto, y sucedió á Justino que murió pocos dias después, en 5 de Octubre del año 578, á los trece de su reinado. En el anterior habia muerto Juan el Escolás-

tico, patriarca de Constantinopla; y Tiberio, á ruego de los fieles: llamó entonces del destierro á San Eutiquio, cuya vuelta se celebró con las demostraciones de la mas pura alegría: el pueblo salió en tropel á recibirle, y se iluminó toda la ciudad (1).

Bajo el reinado de Justino fué invadida la Italia por los lombardos, originarios de la Escandinavia, y establecidos en una parte de la Pannonia, hacia unos cuatrocientos años. Entraron por la Venecia en el de 568, bajo la conducta de su rey Alboino, y se apoderaron de todo el pais hasta mas allá de la Toscana, excepto Ravena, Roma y algunas otras plazas fuertes. El obispo de Aquileya, temiendo su furor, se retiró á la isla de Grado, donde estableció su silla. Félix, obispo de Treviso, tuvo valor para salir al encuentro á Alboino, y consiguió que no tocasen á los bienes de su Iglesia. Los lombardos eran arrianos; pero llevaban consigo otros muchos bárbaros de la Germania, muchos de ellos paganos. Alboino fué muerto el año 572 por artificio de su muger Rosemunda, y tambien fué asesinado su sucesor Clefis al cabo de diez y ocho meses. Después de su muerte esturieron los lombardos diez años sin reyes: sus gefes eran treinta duques, y cada uno de estos mandaba soberanamente en la ciudad de que era gobernador. Esta anarquía aumentó la desolacion de las provincias, y multiplicó en todas partes las muertes y las atrocidades. Las iglesias eran despojadas y destruidas, los campos asolados, las ciudades entregadas á saco, y los habitantes degollados ó reducidos al cautiverio. Los lombardos habian cogido cerca de Nocera á un diácono á quien iban á quitar la vida: un santo sacerdote, llamado Santulo, pidió que se le permitiera cuidar de aquel hasta el último instante, y prometió responder de su persona con la cabeza. A media noche, viendo dormida la tropa, le dejó escaparse. Al dia siguiente quisieron los lombardos matar á Santulo, y uno de ellos fué ya á cortarle la cabeza; pero el santo pidió un rato para hacer oracion, y después, levantada ya la espada sobre él, dijo en alta voz: "San Juan, deteneos." Y al punto quedó el brazo del bárbaro tendido y sin movimiento. Todos los espectadores dieron un grito de admiracion, y rogaron al santo que curara el brazo paralizado: hizo en efecto este segundo milagro; pero antes obligó á jurar al lombardo que en su vida se sirviera de la espada para matar á un cristiano. Obró el mismo prodigio San Hospicio, que vivia encerrado en una torre cerca de Niza, y se sustentaba con un poco de pan. Habia predicho la irrupcion de los lombardos, y aconsejaba á todo el mundo, aun á los solitarios, que se retiraran á paises mas seguros: creyeronle, y tambien se le quisieron llevar, pero él respondió: "No temais por mí, que no me matarán." Los lombardos penetraron de allí á poco en las Galias bajo la conducta de tres de sus duques, y arrasaron las provincias con-

(1) Evag. lib. V.—Theoph.

tiguan a los Alpes. Habiendo querido uno de aquellos bárbaros matar á San Hospicio, quedó tambien súbitamente paralítico de un brazo, y despues de haber sido curado por el santo, abrazó la vida monástica. Los lombardos arruinaron el monasterio del monte Casino como lo habia predicho San Benito; pero todos los monges lograron salvarse, y se refugiaron en Roma, donde construyeron un monasterio cerca del palacio de Letran. Como parte de estos bárbaros eran paganos, hicieron muchos mártires, matando á los primeros que se resistian á tomar parte en sus sacrificios idolátricos (1).

El Papa Juan III murió el año 573: habia consagrado una iglesia en reverencia de los apóstoles Santiago y San Felipe, de donde se cree que ha venido el uso de celebrar la fiesta de los dos apóstoles en el mismo dia. Al cabo de mas de diez meses de vacante, á resultados de los disturbios de Italia, se eligió por sucesor de aquel Pontífice, á Benedicto, apellidado Bonoso, que ocupó la Santa Sede cuatro años. Hallábase Roma sitiada por los lombardos cuando murió en el de 578. Esta circunstancia impidió esperar, segun la costumbre establecida habia algun tiempo, el consentimiento del emperador para consagrar á Pelagio II, que fué elegido en el mismo año á los cuatro meses de vacante.

Hicieronse algunos reglamentos de disciplina en dos concilios celebrados en Francia en el año 566: uno en Leon, en los Estados del rey Gontran, y otro en Tours, en el reino de Chariberto. Los cánones del concilio de Leon no ofrecen nada notable, á no ser la excomunion contra los que quieran reducir á servidumbre las personas libres. Varios cánones del concilio de Tours llevan por objeto mantener la pureza de las costumbres clericales. Mándase que el obispo que sea casado esté siempre acompañado de clérigos aun en su aposento, y tan separado de su muger, que las que sirven á ésta no tengan ninguna comunicacion con los criados de sus clérigos. En casa de los obispos que no son casados, no debe habitar ninguna muger. El arcepreste en el campo, debe tener un clérigo que duerma en su habitacion. Se prohíbe á los clérigos y monges dormir dos juntos en una misma cama. La entrada en los monasterios de hombres está vedada á las mugeres. Prohíbense de nuevo los matrimonios de las religiosas, ya hayan recibido el velo de mano del obispo, ya hayan tomado solamente el hábito. Tambien se dice que las viudas no recibian bendicion para consagrarse á Dios. Por el tercer cánón se ve que ya entonces habia imágenes y cruces en los altares, y que se conservaba la Eucaristia fuera del tiempo del sacrificio, porque se manda que el cuerpo de nuestro Señor no se ponga en el altar en el lugar de las imágenes, sino debajo de la cruz. El decimotavo arregla muy circunstanciadamente el órden y du-

(1) Paul. Diac. lib. II.—Greg. Tur. IV.—Greg. M. *Dial.* II et III.

racion de la salmodia; y de los officios para las diferentes estaciones. El vigesimosegundo manda echar de la iglesia á los que practican las supersticiones de los paganos en el primer dia del año, á los que ofrecen manjares sobre las sepulturas ó dan culto á las piedras, á los árboles ó á las fuentes. En el mismo concilio se ordena que cada ciudad y cada aldea cuide de sus pobres, á fin de que no vayan á mendigar como vagamundos. Por último, se reanueva el anatema contra los usurpadores de los bienes de la Iglesia, y se añade que si despues de tres moniciones persisten en retenerlos, se pronunciarán contra ellos las maldiciones del Salmo CVIII en el coro de la iglesia, hallándose reunido todo el clero.

Santa Radegunda escribió á los obispos de este concilio, reclamando su proteccion en favor del monasterio que habia formado en Poitiers, y aquellos le respondieron en una carta, en que declaran que las religiosas de sus diócesis que se hayan retirado á este monasterio y salgan despues de él, serán excomulgadas. Hacia el mismo tiempo pidió la santa reliquias al emperador Justino, que le envió un *lignum crucis* adornado de oro y piedras preciosas con muchas reliquias de los santos. En esta ocasion compuso el presbítero Fortunato el himno de la pasion *Verilla regis prodeunt*. Habia nacido cerca de Treviso, en Italia; pero habiéndose curado de una enfermedad de los ojos con el aceite de una lámpara que ardia ante el altar de San Martin, hizo una peregrinacion al sepulcro de éste, y de allí fué á Poitiers á buscar á Santa Radegunda, donde pasó el resto de su vida. Nos quedan once libros de poesias de este autor, la mayor parte sobre asuntos religiosos, y las vidas de San Martin, San Hilario y San Remigio y otros muchos santos. Sus versos son bastante armoniosos; pero la prosa, llena de rimas y de antitesis afectadas, se resiente del mal gusto de su siglo. Santa Radegunda introdujo la regla de San Casareo en su monasterio, y murió el año 587.

En el de 567, habia fallecido Chariberto, rey de Paris, sin dejar mas que tres hijas: una de ellas se casó con el rey de Kent, en Inglaterra, y las otras dos se hicieron religiosas, la una en Tours, y la otra en Poitiers. Los Estados de aquel monarca se repartieron entre sus tres hermanos: pero el odio violento que existia entre las reinas Brunequila y Fredegunda, produjo un rompimiento entre Sigeberto y Chilperico, que expuso sus vasallos á toda suerte de calamidades. El rey Gontran reunió un concilio numeroso el año 573 en Paris, para procurar terminar las desavenencias de aquellos: asistieron á él seis metropolitanos, entre otros Sapaudo, de Arlés. El celo de los obispos no pudo lograr la reconciliacion entre los dos hermanos. Teodeberto, hijo de Chilperico, arrasó una parte de la Aquitania, y la afigió con todas las plagas que pudieran haberse temido de un ejército de bárbaros. Las iglesias fueron incendiadas, los vasos sagrados robados, los clérigos asesinados, y las religiosas

deshonradas. Sigeberto se apoderó de la mayor parte de los Estados de Chilperico, y le obligó á encerrarse en Tournay. Cuando partía para situarle en esta ciudad, le anunció San German, de Paris, que si se proponía atentar á la vida de su hermano, perecería él mismo desgraciadamente. No hizo caso de esta prediccion Sigeberto; pero cuando acababan de reconocerle por rey los francos de la Neustria, fué muerto el año 575 por dos asesinos que enviara Fredegunda. Su muerte dejó libre á Chilperico que volvió inmediatamente á Paris, se apoderó de la reina Brunequilda y la condujo á Ruan. Childeberto, hijo de Brunequilda, que solo tenia cinco años, fué llevado á Metz por algunos servidores fieles, y reconocido rey de Austrasia. A poco tiempo Meroveo, hijo de Chilperico, pero de otra muger que Fredegunda, se coligó y casó con Brunequilda, aunque era vinda de su tio. Chilperico, muy irritado, fué á Ruan, separó á su hijo de Brunequilda, y despues mandó ordenarle sacerdote, y le envió al monasterio de San Carles, en el Maine. Meroveo salió de él, y para librarse de las persecuciones de su padre, se refugió en la iglesia de San Martin, de Tours. El rey envió á decir al obispo San Gregorio que le echase de aquel asilo, amenazando en caso de negativa, con entrar en el pais á sangre y fuego. "No es posible, respondió el santo prelado, que un rey católico quiera profanar unos lugares que respetaron siempre los godos arrianos;" y dejó á Meroveo en su asilo. Pero este príncipe, viendo que su padre comenzaba á ejecutar su amenaza, resolvió ir á unirse con Brunequilda, que habia hallado medio de escaparse de Ruan, y gobernaba el reino de Austrasia bajo el nombre de su hijo Childeberto (1).

Entre tanto, Chilperico mandó prender á Pretextato, obispo de Ruan, suponiendo que estaba de acuerdo con sus enemigos, y en el año 577 congregó en Paris un concilio de cuarenta y cinco obispos para juzgarle. Asistió el rey en persona y dijo á Pretextato: "¿Por qué os habeis atrevido á casar á mi hijo Meroveo con su tia? ¿Ignorais las prohibiciones de los cánones en esta materia? Y no habeis parado ahí, sino que habeis intentado corromper á mis vasallos con dinero y hacer pasar mi corona á las sienas de otro." Los francos al oír este discurso bramaban de cólera; pero Pretextato, rechazando con energía estas imputaciones, declaró que si habia hecho algunos presentes, por motivo de gratitud, estaba lejos de haber tenido ánimo de excitar á la rebelion. Luego que el rey salió, el arcediano de Paris representó á los obispos cuán vergonzoso seria para ellos coadyuvar á la intriga urdida contra uno de sus compañeros, y San Gregorio, de Tours, apoyó vigorosamente esta representación. Los obispos no se atrevieron á declararse por no irritar á Fredegunda, y aun hubo entre ellos algunos cortesanos serviles

(1) Gregor. Turon. lib. IV et V.

que se apresuraron á denunciar á Gregorio. El rey le llamó y le dijo con emoción: "Vuestro carácter os obliga á hacer justicia á todo el mundo: ¿por qué me la negais á mí?" Luego le hizo algunas amenazas, y viendo la firmeza del obispo, trató de ganarle con la dulzura y le convidó á tomar algo á su mesa. Gregorio no consintió hasta que Chilperico le hubo prometido con juramento que dejaría obrar al concilio con libertad y no le exigiria nada contra los cánones. Por la noche envió Fredegunda á ofrecer doscientas libras de plata á San Gregorio si consentia en la condenacion de Pretextato, añadiendo que todos los demas obispos le habian dado la palabra. "Nada puede obligarme, respondió, á pronunciar una sentencia que no sea conforme con las reglas de la justicia." El rey asistió tambien á la segunda sesion del concilio, y alegó algunos hechos nuevos contra Pretextato; pero el obispo se justificó tan claramente, que viéndose confundido Chilperico, dijo á sus confidentes al salir de la asamblea: "Conozco que el censurado dice verdades: ¿qué haré yo para contentar á la reina?" Y luego añadió: "Id á buscarle, y decidle, como que sale de vosotros, que yo perdono fácilmente, y que si quiere humillarse y confesar lo que se le imputa, estais seguros de alcanzar su perdon." Al día siguiente, congregados los obispos y presente el rey, se postro en tierra Pretextato, confesando que en efecto habia tratado de poner la corona en las sienas de Meroveo. Al punto Chilperico por una odiosa perfidia, se echó á los piés de los obispos y les pidió justicia: luego hizo prender á Pretextato, y desde la prison le envió al destierro (1).

El mismo Gregorio, de Tours, estuvo expuesto á la calumnia, y tuvo que comparecer ante un concilio convocado en Braine, cerca de Soissons. Era acusado de que difamaba á la reina, imputándole un comercio criminal con un obispo. El acusador era Leudaeto, antiguo conde de Tours, enemigo del obispo mucho tiempo habia, y el principal testigo era un subdiácono á quien el conde habia ganado con la promesa del obispado de aquella ciudad. Gregorio negó el propósito que se le imputaba, y el rey dijo á los obispos que si juzgaban conveniente referirse á la conciencia del prelado, él no se oponia. Los obispos respondieron que no era justo condenar á un prelado por el solo testimonio de un inferior, y así quedó convenido que Gregorio se purgase por juramento, despues de decir la misa en tres altares. Hizolo éste como se proponia, y el acusador fué excomulgado.

Chilperico tenia la ridícula vanidad de querer pasar por hábil literato y aun teólogo. Compuso un escrito en que defendia el sabelianismo, y trató de que los obispos le aprobaran; pero tuvo que renunciar á esta pretension por la resistencia de San Gregorio, de Tours, y San Salvio, obispo de Albi, á quienes leyó el escrito. Tam-

(1) Greg. Turon. lib. V.
Tom. II.

bien compuso himnos y misas que no fueron aprobadas. No le salió mejor su proyecto de reformar la ortografía y añadir cuatro letras al alfabeto.

Gregorio, obispo de Tours, nació en la Auvernia de una familia noble, hácia el año 541. Su padre Florencio era hermano de San Galo, obispo de Clermont, y su madre Armentaria era nieta de San Gregorio, obispo de Langres. Gregorio se educó al lado de su tío San Galo, y recibió las órdenes clericales por cumplir un voto que había hecho estando enfermo, en el sepulcro de San Aligro. Muerto San Galo, su sucesor Avito en el obispado de Clermont, continuó la educación de Gregorio, y le ordenó diácono luego que tuvo la edad prescrita por los cánones. Gregorio buscaba la compañía de las personas mas piadosas para aprovecharse de sus ejemplos, y visitaba á menudo los sepulcros de los santos, sobre todo el de San Martin, donde recobró la salud en una grande enfermedad. Despues de la muerte de Eufronio, obispo de Tours, ocurrida el año 573, se reunió el pueblo para nombrar su sucesor, y eligió á Gregorio por unánime consentimiento: le habian visto muchas veces en Tours, y era notoria la inocencia de su vida. Envióse una diputacion á Sigiberto, de quien era la ciudad, y el rey instó á Gregorio para que aceptase la carga que se le imponia, y que él rehusaba absolutamente. Porque no se fugase, le consagró inmediatamente Gil, arzobispo de Reims; tenia Gregorio unos treinta años. Asistió á muchos concilios, donde dió pruebas de su sabiduria y de su celo por la conservacion de la disciplina, y ya se ha visto su firmeza en el de Paris: muchas veces reprendió enérgicamente al rey Chilperico por sus vicios. Decíase de él que era tan grande por su virtud como pequeño por su estatura. Se le atribuyen muchos milagros, que él achacaba á San Martin y otros santos cuyas reliquias llevaba siempre consigo. Era intrusidísimo en la doctrina de la Iglesia, como aparece por muchas disputas que él mismo refiere con dos arrianos, con el rey Chilperico, y con uno de sus sacerdotes que negaba la resurreccion. En todas estas ocasiones emplea Gregorio con mucha oportunidad las pruebas sacadas de la Sagrada Escritura. En los últimos tiempos de su vida fué á Roma, donde le recibió muy bien el Papa San Gregorio, y para honrar á la Iglesia de Tours le dió una silla de oro. Murió el año 595 á los cincuenta y dos de edad y veintidos de episcopado. Quedan varios escritos suyos: el mas importante es su historia eclesiástica en diez libros. El primero contiene en compendio toda la serie de los tiempos desde la creacion del mundo hasta la muerte de San Martin. En los libros siguientes continúa la historia de las Galias y de los franceses hasta su tiempo. Los otros escritos suyos son ocho libros de los milagros y vida de los santos, á saber; dos libros de la Gloria de los mártires, uno de la Gloria de los confesores, cuatro sobre los milagros de San Martin, y uno intitulado de la vida de los Padres. Tambien habia

compuesto un comentario sobre los salmos y un tratado de los oficios eclesiásticos; pero estas dos se han perdido. Entre los ilustres solitarios que existian en su tiempo, y cuya vida escribió, se notan San Venancio, abad de un monasterio de Tours, que en lo sucesivo se erigió en iglesia colegial, y San Senon, que vivia recluso con algunos monges cerca de la misma ciudad, y que se hizo célebre por sus austeridades y milagros.

Habiendo perdido Fredegunda en el espacio de algunos meses tres hijos que habia tenido de Chilperico, creyó ó fingió creer que su hermano primogénito, de otro matrimonio, les habia dado veneno, y bajo este pretexto le mandó asesinar inmediatamente. Pero despues de este nuevo crimen, atormentada de los remordimientos, dijo á su marido: «Dios, que nos habia perdonado hasta aquí, nos castiga ahora quitándonos nuestros hijos: tratemos de aplacar su cólera, y distribuyamos en limosnas los tesoros que hemos amontonado por nuestra dureza con los pueblos.» Chilperico disminuyó los tributos é hizo grandes dádivas á los pobres y á las iglesias. Fué muerto el año 584 volviendo de una caceria, sin que pudiese descubrirse el asesino. Su viuda Fredegunda, sabiendo cuán aborrecida era, se refugió en la iglesia de Paris. Tenia un hijo llamado Clotario, de edad de cuatro meses nada mas, que sucedió en el reino de su padre; pero Gontran, rey de Borgoña, se apoderó de Paris, y ejerció la principal autoridad sobre los franceses.

Los ciudadanos de Ruan llamaron á su obispo Pretextato, y le repusieron en su silla: despues pasó á Paris para pedir á Gontran que mandara examinar su causa. Fredegunda alegó que no se debía remover una cuestion juzgada por cuarenta y cinco obispos; pero habiendo declarado el de Paris á nombre de todos los demas que Pretextato habia sido simplemente penitenciado, y no depuesto canónicamente, Gontran le mantuvo en la silla de Ruan, y Melanio, que ocupaba su lugar, se retiró con Fredegunda. Esta se irritó sobremanera, y habiendo ido á Ruan á los dos años, hizo que uno de sus esclavos cosiera á puñaladas á Pretextato en la iglesia; mas no por eso dejó de ir con fingido dolor á buscar al obispo herido mortalmente, para manifestarle su intencion de perseguir y castigar al culpable. Pero no engañó al santo obispo, quien le dijo: «¿De dónde habia de partir el golpe sino de la mano que ha hecho derramar tanta sangre inocente, y hasta asesinar á los reyes?» El obispo de Bayeux, primer sufragáneo de la provincia, despues de consultados los obispos, mandó cerrar las iglesias de Ruan, y entredijo la celebracion del oficio divino, hasta que se descubriese el asesino. Al fin, viéndose acusada Fredegunda con los indicios mas graves, quiso justificarse entregando al esclavo que habia cometido el asesinato; pero él declaró que para cometer este crimen habia recibido cien sueldos de oro de la reina con promesa de la libertad.

Gontran, rey de Borgoña, señaló su reinado con un gran celo por

la religion, y á pesar de algunas faltas considerables expiadas con el arrepentimiento y la penitencia, mereció por sus virtudes ser contado entre los santos. Repartió limosnas cuantiosísimas, edificó muchos monasterios, celebró varios concilios y empleó su autoridad para llevar á efecto su reglamento. El primer concilio de Macon, reunido el año 581, hizo diez y nueve cánones: los mas notables son el quinto, que prohibe llevar armas ó el traje ó calzado de los seglares, y el noveno, que manda ayunar el lunes, miércoles y viernes desde el día de San Martín hasta Natividad. Otro concilio congregado en la misma ciudad el año 585 hizo veinte cánones: el quinto ordena, so pena de excomunion, pagar los diezmos á los ministros de la religion, segun la ley de Dios y la costumbre inmemorial de los cristianos. El decimoquinto prescribe á los legos que honren á los clérigos mayores, es decir, á los que están ordenados *in sacris*, y estatuye expresamente que cuando se encuentren, si los dos van á caballo, el lego salute descubriéndose la cabeza, y si el clérigo va á pié, se apea del caballo el lego para saludarle. El decimoctavo prohibe á los clérigos asistir á las sentencias de muerte y á su ejecucion. Hubo en este concilio cuarenta y tres obispos y los diputados de quince ausentes. El rey Guntran confirmó estos cánones en un edicto en que prescribe en particular la puntual observancia del domingo, y manda en general á los obispos y magistrados que castiguen á los que no observen estas disposiciones. En el mismo año tuvo el obispo de Auxerre un sínodo de su clero, en que se hicieron varios estatutos: entre ellos es de notar la prohibicion de decir dos misas al día en un mismo altar, de disfrazarse el primer día del año, y de practicar supersticiones paganas, y por último, un artículo en que se previene que las mugeres no reciban la Eucaristia en la mano desnuda, sino sobre un lienzo llamado dominical; uso que existia tambien en otras Iglesias. Por estos estatutos se ve que los fieles recibian todavía la comunión en la mano.

En Galicia se habian celebrado dos concilios el año de 572, uno en Lugo, en que se confirmaron las erecciones de obispados hechas anteriormente, y el otro en Braga bajo la presidencia de San Martín, en el que se hicieron diez cánones, varios de ellos dirigidos á prohibir la simonia y á mandar especialmente que no se exigiese nada por la administracion del bautismo, para que los pobres no se retrajeran de bautizar á sus hijos. Tambien es notable la prohibicion de celebrar sin estar en ayunas, so pretexto de misas por los difuntos. Algunos años mas adelante fué conquistada esta provincia por Leovigildo, rey de los visogodos, que arrastró parte de la nacion de los suevos al arrianismo. Este rey tenia dos hijos: Hermenegildo, el mayor de ellos, casó en el año 580 con la princesa Ingunda, hija del rey Sigeberto y de Brunegilda. Ingunda era fervorosa católica, y no se dejó vencer por los malos tratamientos y

por las violencias que empleó su suegro para hacerla abandonar la fé, y lo que es mas, convirtió á su marido Hermenegildo, que fué instruido y confirmado por San Leandro, obispo de Sevilla. Luego que el rey supo esta conversion, comenzó á perseguir á los católicos: unos fueron desterrados y despojados de sus bienes, otros maltratados, aprisionados ó muertos con diferente género de suplicios. Muchos obispos fueron expulsados de sus sillas, y las Iglesias privadas de sus rentas y privilegios. El rey juntó á la violencia todos los medios de seduccion, y logró hacer apostatar á algunos fieles. Sabiendo Hermenegildo que su padre procuraba perderle, quiso implorar el auxilio de los griegos, y envió á San Leandro á Constantinopla para solicitar la intervencion del emperador en favor de los católicos: al mismo tiempo se unió al gobernador de algunas posesiones que el imperio conservaba todavía en España; pero Leovigildo corrompió á este oficial con treinta mil sueldos de oro, y se apoderó de Hermenegildo, á quien mandó encerrar en una estrecha prision. Este príncipe jóven, reconociendo entre los grillos y las cadenas la vanidad de las grandezas mundanas, volvió todos sus afectos hácia la religion, y acrecentó los rigores de la prision con su austeridad, durmiendo sobre un cilicio, y orando sin cesar para conseguir la fuerza que necesitaba. Su padre ofreció restituírle la libertad si queria recibir la comunión de un obispo herege, y no habiendo podido persuadirle, envió en un arrebo de cólera á un oficial para que le quitara la vida. Hermenegildo fué martirizado el año 586. No sobrevivió mucho Leovigildo á su hijo: arrepentíose de haberle quitado la vida, y reconoció la verdad de la religion católica; pero no la profesó públicamente por temor á sus vasallos; sin embargo, se dice que pasó muchos dias en oracion, pidiendo perdón á Dios de los males que habia causado á la Iglesia. Como quiera, habiendo caído gravísimamente enfermo, llamó á San Leandro, á quien habia desterrado, y le suplicó que trabajase en la conversion de su hijo Recaredo que debia sucederle. Murió el año 587. Recaredo siguió el ejemplo de su hermano, y habiendo alijado solemnemente la heregia en el primer año de su reinado, habló con tanta sabiduría á los obispos arrianos, que determinó casi á todos á hacerse católicos. Del mismo modo convirtió á la mayor parte de los visogodos; atrajo á los suevos que se habian dejado pervertir, y pronunció la exclusion de todo empleo y del servicio militar contra los hereges. No dejó de haber algunas tentativas de rebelion, pero las reprimió fácilmente (1).

Para consolidar la conversion de los godos, congregó el rey un concilio en Toledo el año 589, al que asistieron setenta y dos obispos de España y de la Galia narbonense. Mandó leer una profesion de fé firmada por él y por la reina, en la que anatematizaban

(1) Greg. Tur. lib. V et seq.—Greg. M. Dial. III.

á Ario y sus sectarios; y admitia los cuatro concilios generales, y generalmente todos los ortodoxos; despues se pronunciaron veintitres anatemas contra los principales errores de los arianos, y se condenó en particular el concilio de Rimini. Los obispos y clérigos convertidos, y los señores mas distinguidos, firmaron estos artículos, y luego se hicieron veintitres cánones para restablecer la disciplina y remediar los desórdenes introducidos por la heregia. Como los obispos y sacerdotes arianos vivian con sus mugeres, el concilio veda esta licencia á los que se han convertido, y los manda separar lecho, y si puede ser, vivir aparte. Prohibe á los clérigos perseguir á sus hermanos como los jueces seculares, so pena de perder su causa y ser excomulgados. Mandó cantar el símbolo de Nicea en la misa, como se practicaba en Oriente. Hay muchos cánones concernientes á la administracion de los bienes eclesiásticos y á los privilegios de los clérigos. Se prescribe que se trate segun la severidad de los antiguos cánones, á los que reinciden durante el tiempo de la penitencia ó despues de la reconciliacion. Se decretó abolir los restos del paganismo en toda España y la Galia con el concurso de la autoridad espiritual y temporal. Prohibese sobre todo, la odiosa práctica autorizada entre los paganos, de quitar la vida á los hijos que eran fruto de ilícito comercio. Por último, queda prohibido á los judíos obtener empleos y tener esclavos cristianos. El rey Recaredo confirmó los cánones y reglamentos de estos concilios, con un decreto en que señala la pena de excomunion para los clérigos, y la confiscacion ó el destierro para los legos, segun la calidad de la persona.

En el mismo año, los obispos de la parte de las Galias sujeta á los visogodos, celebraron un concilio en Narbona, en el que se hicieron tambien algunos reglamentos de disciplin. Se mandó tambien cantar el *Gloria Patri* al fin de los salmos, como una profesion de fé compendiada contra el arrianismo. Se prohibe á los sacerdotes salir del santuario durante la celebracion de la misa, y á los diáconos, subdiáconos y lectores quitarse el alba antes de concluido el oficio; lo que hace ver que el uso del alba era comun á los clérigos; pero solamente durante el servicio del altar. Se prohibe á los obispos ordenar un sacerdote ó un diácono que no sepa leer; los que estén ya ordenados y no quieran aprender á leer, serán privados de sus retribuciones. Vedase la celebracion del jueves en honor de Júpiter, y el trabajar en domingo, pena de una multa de diez sueldos de oro para los hombres libres, y cien azotes para los esclavos. Estas penas manifestan que los magistrados seculares asistian á este concilio, como lo habia mandado el rey en el de Toledo.

El Papa Pelagio para reprimir las incursiones devastadoras de los lombardos en Italia, pidió auxilio al emperador, y cometió esta negociacion á Gregorio, diácono de la Iglesia romana, que mas ade-

lante fué Papa, y mereció por su mérito extraordinario, el renombre de Grande. Este ilustre doctor era natural de Roma, y descendia de una familia tan distinguida por las virtudes como por la nobleza y opulencia. Su padre Gordiano era senador, y su madre Silvia es venerada como santa. Contaba entre sus antepasados al Papa Félix III, á cuyas nietas Emiliania y Tarsila tributa tambien la Iglesia culto público. Gregorio fué pretor de Roma, es decir, principal magistrado para administrar la justicia en lo civil. Habiendo quedado en libertad de disponer de sus bienes por muerte de su padre, edificó y dotó seis monasterios en Sicilia, y convirtió su propia casa de Romá en otro, donde abrazó él la vida monástica. Alimentábase de legumbres crudas, y á pesar de la austeridad de este régimen, estaba constantemente aplicado á la oracion ó al estudio, lo cual debilitó su salud y le sujetó á padecer continuas enfermedades. De allí á algun tiempo, las instancias unánimes de los religiosos, le obligaron á encargarse del gobierno del monasterio. Pasando un dia por una plaza de Roma, vió puestos en venta unos esclavos de particular hermosura; y sabiendo que eran de la Gran Bretaña, y todavía paganos, exclamó: "Que lástima que unos hombres de fisonomia tan interesante, vivan bajo la potestad del demonio!" Inmediatamente fué á ver al Papa Benedicto para suplicarle que enviara misioneros á los ingleses, y le eligiese á él para tan buena obra. El Papa consintió, aunque con dificultad; pero el pueblo romano salió en tropel al camino por donde el Papa iba á San Pedro, y comenzó á gritar: "Ofendéis al príncipe de los apóstoles y causais la ruina de Roma, si dejais marchar á Gregorio." Al instante despué el Papa correes para que volviera, y no le alcanzaron hasta despues de tres dias: tal prisa se habia dado á caminar, temeroso de lo que sucedia. En seguida, fué ordenado Gregorio, cuando los siete diáconos de la Iglesia romana, por lo cual le sacaron de su monasterio, y hacia poco que ejercia este cargo, cuando el Papa le envió á Constantinopla con el título de legado ó apócrisario, en el año 578: en este puesto difícil ostentó el talento que tenia para la direccion de los negocios. Los personajes mas eminentes por su mérito y clase en la Iglesia ó en el Estado, se hicieron sus admiradores ó sus amigos, y en particular trabó estrecha amistad con San Eulogio, que acababa de ser elegido patriarca de Alejandria, y con San Leandro, de Sevilla, que residia entonces en Constantinopla para desempeñar una comision del príncipe Hermenegildo. Affligíase Gregorio al verse mezclado á su pesar, en las agitaciones del mundo, y en la discusion de los negocios temporales, de que habia tratado de apartarse para siempre, despojándose de sus riquezas. Para mantenerse en el recogimiento y reponerse de las distracciones inseparables de su empleo, habia llevado en su compañía algunos monges de su comunidad, con quienes continuó practicando los ejercicios de la vida monástica, y solia tener piado-

sas conferencias: en esta ocasion compuso sus Morales ó comentarios sobre el libro de Job.

Eutiquio, patriarca de Constantinopla, habia aventurado en un escrito, que despues de la resurreccion nuestros cuerpos serian impalpables y mas sutiles que el aire, que era un resto de los errores de Origenes. San Gregorio trató de desengañarle, y no habiendo podido conseguirlo, rompió todo trato con él. Súpolo el emperador Tiberio, y llamó á entrambos á su presencia; y despues de haber oido las razones de uno y otro, amenazó á Eutiquio que mandaria quemar su libro. Habiendo caido este enfermo á pocos dias, retrató su error delante de muchos amigos de San Gregorio: murió el año 582, y le sucedió Juan, llamado el Aynador, que ocupó la silla trece años. San Eutiquio habia obrado muchos milagros, y en su última enfermedad predijo la muerte próxima del emperador Tiberio. En efecto, este príncipe murió el mismo año, y dejó el imperio á su yerno Mauricio, recomendable como él, por su clemencia y adhesion á la religion. El nuevo emperador se acordó de la prediccion de San Teodoro Sicoeta, quien visitado por aquel, de vuelta de una expedicion contra los persas, le anunció positivamente que ocuparía el trono imperial. Mauricio, inmediatamente que se coronó, escribió á Teodoro, encomendándose á sus oraciones; y dió una renta anual de seiscientas fanegas de trigo á su monasterio.

San Teodoro era natural de Sicoen, cerca de Anastasiópolis, en la Galacia. Desde su niñez se distinguió por su tierna piedad; y sobre todo, por una gran devocion á San Jorge, á quien escogió mas adelante por patron de su monasterio. Mientras jugaban sus compañeros de la misma edad, él solia ir á la iglesia á leer la Santa Escritura. Abrazó muy jóven la vida solitaria, y se ejerció en la penitencia mas anstera. Desde Natividad hasta el domingo de Ramos permanecia encerrado en una cueva, sin comer mas que los sábados y domingos, y entonces solamente frutas ó yerbas. El obispo de Anastasiópolis, penetrado de su eminente virtud, le ordenó sacerdote á la edad de diez y ocho años. Teodoro, para aprovechar mejor la gracia de su nuevo estado, se retiró por algun tiempo á una soledad apartada, y luego hizo la peregrinacion de Jerusalem, y visitó los monasterios y anacoretas esparsidos en los desiertos de la Palestina, á fin de edificarse con su vida penitente, y procurar imitarlos. Luego que volvió, su fama y milagros le atrajeron pronto multitud de discípulos; y muerto el obispo de Anastasiópolis, le obligaron á ocupar esta silla. Se aplicó enteramente, por deber, al bienestar de su pueblo; pero su inclinacion le llevaba al retiro: padeció mucho durante su episcopado. Por fin, hácia el año 599, despues de haber gobernado su Iglesia por espacio de diez, reunió el clero y el pueblo, y les dijo: «Ya sabéis que me impusisteis este yugo, á mi pesar: ya van mas de diez años que os molesto y me molestais: por tanto, os ruego que busqueis otro pastor.» Por mi parte

no quiero serlo ya, y volveré á mi monasterio como un pobre monge, para servir á Dios toda mi vida.» El metropolitano no podia resolverse á aceptar su renuncia; pero al cabo consintió, dejándole las insignias episcopales.

A poco tiempo de haberse retirado el santo obispo, le escribieron el emperador Mauricio, el patriarca Ciriaco y los grandes del imperio, para que fuera á Constantinopla á darles su bendicion. Durante su corta estancia obró muchos milagros: entre otros, curó de la lepra á un hijo del emperador, y alcanzó muchos privilegios para sus monasterios, que fueron exentos de la jurisdiccion de cualquier otro obispo, y quedaron sujetos solamente á la Iglesia de Constantinopla. El patriarca Tomás, sucesor de Ciriaco, le llamó de nuevo á aquella ciudad, y noticioso de su llegada el emperador Focas, le hizo ir á palacio y se encomendó á sus oraciones. El santo le impuso las manos y calmó los dolores que le causaba la gota: al mismo tiempo le dió advertencias saludables, y le exhortó á corregirse de sus vicios. San Teodoro murió hácia el año 612.

Por la misma época florecia en la Palestina el ilustre solitario San Juan Climaco. Entró en el monasterio del monte Sinai á la edad de diez y seis años; pero hasta de allí á cuatro no recibió la tonsura monástica, ni hizo profesion. Retiróse solo al pié de la montaña donde pasó la vida de anacoreta, y á los cuarenta años de soledad fué elegido abad del monte Sinai contra su voluntad. Habiéndole pedido Juan, abad de Raite, que escribiera algunos tratados espirituales para los monges, compuso su Escala del cielo, muy célebre entre las obras de piedad: por ella se le dió el renombre de Climaco, de la palabra griega que significa escala. Compónese de treinta grados que sostienen todo el progreso de la vida interior desde la fuga del mundo hasta la oracion mas sublime. Hablando de la obediencia, cuenta los ejemplos que habia admirado en un monasterio de Egipto cerca de Alejandría, compuesto de trescientos treinta monges bajo la conducta de un superior de consumada prudencia. Allí se veian ancianos con cuarenta ó cincuenta años de profesion, que obedecian con la simplicidad de unos niños. Las chanzas, las disputas y las conversaciones inútiles estaban absolutamente proscritas, y nadie se dedicaba mas que á edificar á sus hermanos. A alguna distancia de este monasterio habia otro pequeño, llamado la prision, donde se encerraban voluntariamente los del grande, que despues de su profesion habian incurrido en alguna falta considerable. Era un lugar horrible, oscuro y hediondo: todo respiraba allí penitencia y tristeza: no se encendia lumbre jamás: el alimento se reducia á pan y algunas yerbas: la oracion era continua. Los monges que se encerraban en él, no salian hasta que Dios manifestaba al abad que le habia perdonado. Vivian separados uno á uno, cuando mas dos á dos, y se entregaban á las mas terribles austeridades para expiar sus culpas: unos pasaban la noche á campo raso y de pié para ven-

cer el sueño; otros tenían las manos atadas á la espalda como malhechores públicos, y los ojos clavados constantemente en el suelo como indignos de mirar al cielo: muchos llevaban cadenas al cuello, en las manos y en los pies; todos daban gemidos espantosos y derramaban continuamente lágrimas. Siempre tenían la muerte presente en su consideración, y se preguntaban con un santo terror: ¿Qué será de nosotros, y cuál será nuestro juicio? ¿Podemos esperar que Dios no haga misericordia? — San Juan Climaco pidió al abad que le dejara ver esta prision, y habitó un mes en ella: en su obra hace una pintura aterradora del estado á que se reducian voluntariamente aquellos monges penitentes. Todavía era abad del monte Siná el año 600, cuando San Gregorio el Grande le escribió encomendándose á sus oraciones, y le envió camas para un hospital próximo. San Juan dejó este cargo al fin de sus dias, y se retiró á la soledad donde habia hecho antes la vida de anacoreta.

Otro solitario que vivia por entonces en el monasterio del monte Siná y se hizo igualmente celebre por sus escritos, es Anastasio, apellidado el Sinaita, á quien algunos autores confunden equivocadamente con el patriarca de Antioquia del mismo nombre. De él nos quedan una obra intitulada *Guia*, que es un método de controversia contra los hereges, especialmente contra los acéfalos, muchos libros de consideraciones anagógicas ó místicas sobre la creacion del mundo, cinco discursos dogmáticos y algunos sermones. Murió hácia el año 615. Leoncio, monge de la laura de San Sabás, publicó asimismo varios escritos contra los hereges á fines del siglo VI, á saber: tres libros contra los errores de Nestorio y Eutiques, una respuesta á las objeciones de los acéfalos, y un tratado intitulado *De las sectas heréticas*, en el que se halla una exposicion sumaria de las antiguas heregias, y una historia mas extensa de las disputas ocasionadas por el eutiquianismo.

La ciudad de Antioquia que tantos desastres habia experimentado hacia cincuenta años, se arruinó en el de 589 á resultas de un terremoto, en el que perecieron cerca de sesenta mil personas. Gregorio, patriarca de esta ciudad, acusado de comercio criminal con su propia hermana, fué juzgado en el mismo año por un concilio reunido en Constantinopla, al que concurrieron muchos metropolitanos y todos los obispos de Oriente, ya en persona, ya por diputados. El senado tomó tambien parte en este proceso, y se nota que es nombrado antes que los metropolitanos. El obispo de Antioquia fué declarado inocente, y el acusador condenado á la pena de azotes y á destierro en castigo de su calumnia. Este concilio en que el patriarca de Constantinopla veia reconocidos de hecho los derechos de primacia y jurisdiccion que queria arrogarse en Oriente, sirvió de pretexto á Juan el Ayunador para usurpar el título de obispo ecuménico ó universal. Pero así que lo supo el Papa Pelagio, envió letras por las cuales en virtud de la autoridad apostólica

anuló las actas de aquel concilio, y prohibió al arcediano Lorenzo, que habia sucedido á San Gregorio como apocrisario en Constantinopla, asistir á los oficios con Juan el Ayunador (1).

Ya hacia muchos años que los obispos de Milán habian renunciado al cisma y suscrito la condenacion de los tres capítulos. Juan, obispo de Ravena, despues de hacer alguna resistencia, consintió al cabo en seguir aquel ejemplo. Mas los obispos de la provincia de Isiria se obstinaban en desechar el concilio quinto, y en continuar separados de la Iglesia romana. Habiendo hecho la paz con los lombardos el exarca de Ravena, es decir, el gobernador de las provincias que el imperio conservaba aún en Italia, el Papa Pelagio escribió sucesivamente varias cartas á aquellos obispos exhortándolos á volver al seno de la unidad. Les representó con vivos colores que su separacion no podia tener ya ninguna excusa plausible: que sometidos casi todos los obispos de Occidente, la resistencia tenaz de tan corto número era una rebelion manifiesta contra la autoridad de la Iglesia; y que en vano intentaban prevaleerse de la autoridad del Papa San Leon, que habia confirmado el concilio de Calcedonia, y prohibido poner en cuestion lo que en él se definiera, porque esta confirmacion no recaia mas que sobre la definicion de fé, y no sobre los asuntos particulares. Despues hacia ver el Papa Pelagio que las decisiones del concilio quinto no menoscababan el de Calcedonia, y entraba en una discusion profunda de la cuestion de los tres capítulos, para demostrar que con razon habian sido condenados. San Gregorio fué quien redactó estas cartas, que no produjeron ningun resultado. Los obispos de Aquileya y otros puntos perseveraron en su obstinacion, y hasta fines del siglo siguiente no se extinguió del todo el cisma en aquella provincia. Sin embargo, como el año 606, muerto el obispo Severo, á quien reconocian los eismáticos por su patriarca, le diesen estos un sucesor que se mantuviese en Aquileya por la proteccion de los lombardos, los católicos de la provincia eligieron por su parte un metropolitano que residió en Grado, á donde habian trasladado su silla los obispos de Aquileya desde la invasion de Albeino.

El Papa Pelagio murió el 8 de Febrero del año 590, de una enfermedad contagiosa que hizo muchos estragos en Roma. El clero, el senado y el pueblo reunidos para la eleccion de su sucesor, dieron unánimemente sus votos á San Gregorio. Este empleó todos los medios posibles para oponerse, y no habiendo podido conseguirlo escribió secretamente al emperador Mauricio para suplicarle que no diera su consentimiento; mas el prefecto de Roma German que concibió alguna sospecha, despachó con toda diligencia un correo que llegó antes que las cartas de Gregorio: en consecuencia el emperador remitió inmediatamente su aprobacion. Mientras llegaba la

(1) Evagr. lib. VI.—Greg. M. lib. IV, *Epist.* XXXVI.

respuesta, viendo San Gregorio que continuaba la peste con mucha violencia, prescribió una estación y rogativas solemnes en la Iglesia de Santa María la Mayor, á donde debían concurrir en procesion el clero y todos los fieles de todas las parroquias. Creese que de ahí vino la procesion que se hace en Roma el dia de San Marcos, y se llaman letanias mayores. Como San Gregorio que habia sabido el paso dado por el prefecto de Roma, conocia que la respuesta del emperador habia de ser contraria á sus deseos, resolvió fugarse, y para eludir la vigilancia de las guardias puestas á la puerta de la ciudad, se disfrazó y se metió en un ceston de mimbres haciendo que le condujeran unos mercaderes. Tres dias estuvo oculto en una caverna en medio de un bosque. Los romanos practicaron inmediatamente diligencias para buscarle, y se hicieron ayunos y oraciones sin intermision, hasta que descubierto al fin por indicios maravillosos fué llevado á Roma. Entonces temió oponerse á las órdenes de la Providencia, y fué consagrado solemnemente el 3 de Setiembre del año 590: ocupó la Santa Sede cerca de catorce. Por sus cartas se ve enán inconsolable: le tenia su elevacion. "Estoy tan oprimido de dolor, escribia al patricio Narses, que me es imposible expresarlo: no veo por todas partes sino motivos de tristeza y afliccion. Sin cesar pienso en la perfecta tranquilidad que me han arrebatado, para meteme en unas ocupaciones que me disipan y me alejan del Señor." Decia á la princesa Teoctista, hermana del emperador: "Me han cargado de negocios temporales que cuando era seglar: he perdido la alegría que disfrutaba en mi retiro: allí estaba sin deseos y sin inquietud por todos los objetos de este mundo; y ahora me encuentro en continua zozobra, si no por mí, á lo menos por aquellos de quienes estoy encargado. Quando despues de los negocios quiero recogerme interiormente, me persigue el tumulto de los vanos pensamientos, y hallo que mi corazon está muy lejos de mí. El emperador debe imputarse todas mis faltas por haber cometido un ministerio tan grande á una persona tan débil." Los mismos sentimientos se encuentran en otras cartas dirigidas al patriarca Anastasio, de Antioquia, á Juan, de Constantinopla, y á muchos personajes que habian contribuido á su eleccion, ó se habian apresurado á darle la enhorabuena. Como Juan, obispo de Ravena, y algunos otros amigos suyos le criticasen que se hubiera ocultado por huir del episcopado siendo él tan capaz de desempeñarle, tomó ocasion de allí para componer su Pastoral, en donde á fin de justificar su conducta expone toda la sublimidad y extension de las funciones del sacerdocio (1).

Habiendo sabido San Leandro la eleccion de San Gregorio, le escribió para manifestarle su alegría: al mismo tiempo le anunciaba

(1) Greg. M. *Epist.* lib. I.—*Vit. Greg.*

la sólida conversion y la piedad del rey Recaredo, y le consultaba acerca de las tres inmersiones del bautismo de que abusaban los arrianos para autorizar sus errores. San Gregorio no pudo responderle hasta pasados muchos meses, y disculpándose de esta tardanza le decia: "Estoy tan agobiado con las ocupaciones del episcopado, que tengo mas ganas de llorar que de hablar. Ya lo veis por mi negligencia en escribiros. No puedo expresar la alegría que siento de ver al rey Recaredo tan completamente convertido. Vedlad sobre él para que la santidad de su vida corresponda á la pureza de su fé. Con respecto á las tres inmersiones del bautismo, nosotros las hacemos para expresar los tres dias de la sepultura, ó si se quiere, las tres Personas de la Trinidad, así como la inmersion única para significar la unidad de la naturaleza divina. Pero una vez que los hereges haciendo tres inmersiones quieren dar á entender una distincion de naturaleza entre el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo, soy de parecer que no hagais mas que una sola inmersion."

A pocos meses de su exaltacion, es decir, á principios del año 591, celebró San Gregorio un concilio en Roma, y envió sus letras sinodales á los cuatro patriarcas. En ellas hace su profesion de fé segun costumbre, y declara que admite y reverencia los cuatro concilios generales como los cuatro Evangelios. "Profeso, añade, el mismo respeto al quinto, donde fué condenada la supuesta carta de Ibbas, convencido Teodoro de dividir la persona del Mediador, y reprobados los escritos de Teodoro contra San Cirilo. Desecho todas las personas que estos venerables concilios desechan, y admito todas las que ellos honran; porque apoyándose sus decisiones en el consentimiento de la Iglesia universal, so pierde sin perjudicarles el que se atreve á atar á los que ellos desatan, ó desatar á los que ellos atan." Tambien se remitió una copia de esta circular al patriarca Anastasio, arrojado de la silla de Antioquia, y el Papa escribió al emperador que si no queria permitir á este obispo volver á su Iglesia, le enviase á lo menos á Roma con el uso del palio.

En el mismo año intimó San Gregorio de parte del emperador á Severo, de Aquileya, jefe de los esmáticos de la provincia de Istria, que fuese con sus sectarios al concilio de Roma á fin de abjurar el cisma. Severo y los obispos de su partido enviaron representaciones al emperador, en las que protestaban su disposicion á someterse á la decision de aquel, pero no á la del Papa; añadiendo que sus pueblos antes sufrirían la muerte que consentir en la reunion; y como muchos residian en las ciudades invadidas por los lombardos, temiendo Mauricio sin duda que se adhirieran al partido de estos bárbaros, escribió al sumo Pontífice que difiriese esta cuestion hasta que la Italia estuviese mas tranquila. A poco tiempo los lombardos extendieron la devastacion á la Istria y quemaron la ciudad de Grado, residencia de Severo. Con esta ocasion suplicó Juan, de

Ravena, al Papa que enviara algun socorro á aquel obispo; mas San Gregorio le respondió: "Debemos ejercer la caridad con los que son fieles á la Iglesia antes de socorrer á sus adversarios. De la ciudad de Fano se han llevado muchos cautivos, y primero debo pensar en rescatarlos." En el año 593 murió Lorenzo, obispo de Milán, que habia aprobado la condenacion de los tres capítulos, y en su lugar fué elegido Constancio, diácono de la misma Iglesia. Habiendo recibido San Gregorio el decreto de eleccion, juzgó conveniente que le aprobaran una multitud de milaneses que se habian refugiado en Génova para librarse de las hostilidades de los lombardos. A este objeto diputó un subdiácono de la Iglesia romana, y al darle la comision, le dijo: "Si es aprobada la eleccion de Constancio, hareis que le consagren con nuestro consentimiento los obispos de la provincia, segun la antigua costumbre, de suerte que la Santa Sede conserve su autoridad sin menoscabar los derechos de los otros." Aquí se ve que los obispos del Norte de Italia no eran consagrados por el mismo Papa como los de las provincias suburbicarias; sin embargo, la consagracion no se hacia sin su consentimiento. Tambien puede notarse que deroga el uso particular que atribuia la consagracion del obispo de Milán al de Aquileya; pero el cisma de Istria hacia necesaria esta derogacion. Constancio se habia abstenido de hablar de los tres capítulos en la profesion de fé que envió al Papa: con todo, algunos obispos de su provincia divulgaron la voz que se habia obligado por escrito á condenarlos; y bajo este pretexto se separaron de su comunión, y persuadieron á Teodelinda, reina de los lombardos y católica, que se separara tambien. San Gregorio, para atraer á aquellos obispos, creyó que debia declarar en una carta escrita á Constancio para que se la enseñase, que no se habia tratado de los tres capítulos. Tambien escribió otra á Teodelinda, que Constancio no juzgó conveniente entregar, porque se hablaba del quinto concilio, y temia chocar demasiado con las preocupaciones de la reina; el Papa aprobó la conducta de este obispo, y remitió segunda carta, en que se contentaba con aprobar los cuatro primeros concilios, y exhortar vivamente á la reina á que abrazara la comunión de Constancio y de la Iglesia romana. Esta reserva del Papa San Gregorio acerca del concilio quinto, manifiesta que la Iglesia creyó debia tolerar durante algun tiempo á aquellos que por un respeto mal entendido hácia el concilio de Calcedonia se retraian de aprobar la condenacion de los tres capítulos; pero sin razon se inferiria de aquí que se haya permitido mirar como dudosa la infalibilidad del concilio quinto ó combatir sus decisiones. Ya hemos dicho que la cuestion de los tres capítulos comprendia dos distintas, una de doctrina y otra de oportunidad; y aunque ésta se habia decidido implícitamente con la primera, las prevenciones que existian sobre este punto podrian mirarse como un motivo suficiente para no instar demasiado á unos obispos

obtinados, cuya resistencia hubiera arrastrado al cisma á muchos pueblos católicos. Ademas, la praxista condescendencia de San Gregorio dió felices resultados: muchos cismáticos se reunieron á la Iglesia, y los afanes del caritativo Pontífice consiguieron de allí á poco tiempo la reunion de otra multitud de ellos en la provincia de Istria.

Despues de un interregno de diez años, eligieron los lombardos por rey á Autaris, que prohibió bautizar los niños de esta nacion en la Iglesia católica; pero murió el año 590 sin dejar sucesion. Su viuda Teodelinda era tan querida de los lombardos, que prometieron reconocer como rey al que ella tomase por esposo; y eligió á Agilulfo, duque de Turin, que reinó veintiseis años. Teodelinda era católica, y en adelante hizo que el rey Agilulfo y toda la nacion abjurasen el arrianismo. Este pueblo prosiguió sus conquistas en Italia, y San Gregorio, compadecido de las desgracias de aquella provincia, tuvo que buscar por sí los medios de ponerles término. El exarca de Ravena habia roto la paz y no podia sostener la guerra. Ariulfo, duque de Espoleto, llegaba hasta las puertas de Roma á ejercer sus estragos y crueldades, de modo que el sensible Pontífice cayó malo de pesadumbre. Las provincias del Mediodia eran invadidas, y Nápoles corria inminente riesgo de caer en manos de los bárbaros. El año 595 fué el rey Agilulfo en persona á situar á Roma que carecia de bastimentos y de tropa para su defensa. San Gregorio hizo proposiciones de paz, que el rey se mostró dispuesto á aceptar; pero el exarca no quiso ratificarlas, y el emperador se guió de los consejos de este gobernador. Continuaron, pues, los lombardos asolando la Italia, y llevaron tambien sus armas á la Cerdeña. En los escritos de San Gregorio se halla la pintura del triste estado á que se veian reducidas aquellas provincias: las ciudades destruidas, las fortalezas arruinadas, los campos arrasados y desiertos; Roma, señora en otro tiempo del mundo, abandonada por sus ciudadanos, ó insultada por sus enemigos; una multitud de infelices eran llevados cautivos, y otros asesinados ó volvián con las manos cortadas. El santo Pontífice escribia á la emperatriz: "Sabiendo que habia muchos idolatras en Cerdeña, envió un obispo de Italia que convirtió á muchos; pero he sabido que los que sacrificaban á los ídolos, conseguian el permiso del juez pagándole un derecho, y que continúa exigiendo el mismo tributo á los que no sacrifican ya y están bautizados. Reprendiéndole el obispo sobre esto, respondió que habia comprado tan caro su empleo, que á no recurrir á tales medios no podria pagarle. La isla de Córcega está tan agobiada de impuestos, que sus habitantes apenas pueden satisfacerlos aunque vendan á sus hijos, por lo cual abandonan el imperio y buscan un asilo entre los lombardos. . . . Un oficial de marina en Sicilia es acusado de tantas vejaciones, rapifias y confiscaciones injustas, que se necesitaría un volumen para enumerarlas."

En una carta á un obispo que estaba en Oriente, se quejaba así del exarca de Ravena: "No puedo expresar lo que nos hace padecer vuestro amigo Roman. Su mala conducta nos hace mas daño que las armas de los lombardos. Mejor tratados somos por los enemigos que nos matan, que por los oficiales del imperio, cuyas rapiñas y fraudes nos llenan de amargura." Por fin, separado este exarca el año 597, su sucesor se concertó con el Papa para concluir un tratado de paz con los lombardos (1).

La Iglesia de Roma poseía entonces patrimonios considerables en Italia, Sicilia, Cerdeña y Africa: la administracion de estos fondos estaba encargada á unos clérigos inferiores, cuyo jefe era ordinariamente un subdiácono. San Gregorio les hacia dar cuentas exactas de su administracion, y no se desdenaba de entrar en las mas leves minuciosidades, ya para conservar en buen estado las rentas de su Iglesia, ya para evitar que los que las administraban cometieran cualquiera vejacion. "Hemos sabido, escribia al subdiácono Pedro, administrador de los bienes de Sicilia, que se disminuye á los aldeanos el precio del trigo en tiempos de abundancia: queremos que se pague siempre al precio corriente y sin deduccion de lo que perece por los naufragios. Prohibimos que se exija á los colonos mas del precio de su arrendamiento, que fijareis por escrito para que no pueda recargarse despues de nuestra muerte, y sobre este precio tomareis lo que recibia el administrador en despojos. Cuidareis sobre todo de que no se usen pesos falsos al recibir los pagos de los colonos. Tambien hemos sabido que nuestros aldeanos son molestados en el pago del primer plazo de sus rentas, y que no habiendo vendido aún los frutos, se ven obligados á tomar prestado con enormes intereses: por tanto, mandamos que de los bienes de la Iglesia les deis lo que habian de pedir prestado á extraños, y que recibais su pago poco á poco, á medida que puedan, no sea que los articulos que les bastarian para cumplir de esta manera, no basten, si apretándolos se los fuerza á vender á vil precio."

No menor cuidado ponía San Gregorio en vigilar por la buena inversion de estas rentas: distribuialas cuatro veces al año al clero, á los empleados de su casa, á las iglesias, oratorios, monasterios y hospitales de Roma y sus inmediaciones. Mucho tiempo despues se conservaba todavía en el palacio de Letran un libro grueso, que contenia el nombre, edad y condicion de todos los pobres, á quienes el caritativo Pontífice repartía limosnas regulares, ya en Roma y los alrededores, ya en las provincias remotas. El primer día de cada mes distribuía trigo, vino, legumbres, carne, pescado y aceite segun la estacion. Había nombrado empleados para que diesen todos los días en cada calle los socorros necesarios á los enfermos. Enviaba platos de su misma mesa á algunos pobres vergonzantes,

(1) Paul. diacon. *Hist. Longob.* lib. VI.—Greg. M. *Epist.* lib. VI.

y todos los días convidada á comer doce forasteros, entre los cuales se dice que recibió una vez al ángel de su guarda, y otra al mismo Jesucristo. Habiéndose hallado muerto á un pobre en una calle extraviada, San Gregorio se abstuvo muchos días de celebrar el santo sacrificio, como si hubiera sido culpable de aquella muerte. Además de estas limosnas regulares, se ven en sus cartas muchos ejemplos de las dádivas y pensiones que satisfacía á diferentes personas. Era tan desinteresado, que ni aun quería recibir los presentes de estilo. "Nos debemos, escribia al obispo de Mesina, abolir las costumbres que son onerosas á las Iglesias: continuad siguiendo el uso con respecto á los otros clérigos, y enviándoles lo que la misma costumbre ha establecido; pero os prohibimos que nos envieis nada en lo sucesivo (1).

Las atenciones que reclamaban los intereses temporales de la Iglesia, no disminuían en nada su solícita vigilancia respecto de los asuntos espirituales: su incansable celo abrazaba igualmente una multitud de pormenores y las necesidades generales de la religion; y á pesar de la debilidad de su salud, la actividad de su cuidado bastaba para todo. Habiendo sabido un día que una esclava jóven deseaba consagrarse á Dios en un monasterio, dió orden de comprarla y llevarla á Roma para proporcionarle el apetecido asilo, encargando sobre todo la prontitud en la ejecucion para que no se entibiase el fervor de la pobre doncella. Este hecho es capaz de dar á conocer la grandeza de la caridad de este santo Papa. Esforzabase en proporcionar á las Iglesias buenos pastores: apoyaba con su autoridad á los que cumplian dignamente sus deberes, y reprendía con caridad á los que los descuidaban: trabajaba con todo su poder en hacer floreciente la Iglesia por todas partes: corregía los abusos, reprimía los desórdenes y mantenía la pureza de la disciplina. Al principio de su pontificado escribió al gobernador de Africa, exhortándole á reprimir á los maniqueos y donatistas que aun quedaban en la provincia, y mandó deponer á un obispo que por dinero permitia las juntas de los hereges en el lugar de su residencia. Tambien recomendó que no se eligieran los primados segun su antigüedad, como era costumbre en la Numidia, sino en consideracion á su mérito, y que fueran preferidos para esta dignidad los obispos de las ciudades á los de las villas, como mas capaces de resistir á los hereges. Mas adelante escribió varias cartas á diferentes obispos de Africa para exhortarlos á reprimir los abusos; y al cometerles el conocimiento de una causa llevada ante él, delegó un clérigo de la Iglesia romana para que asistiera en su nombre al concilio que se habia de celebrar con este motivo. Habiendo sabido en el año 594 que la audacia de los donatistas habia llegado hasta el punto de rebautizar á los católicos y echar á los obispos de sus Iglesias,

(1) Greg. M. *Epist.* lib. I.—Joan. diacon. *Vit. Greg.*

envió nuevas y enérgicas exhortaciones al gobernador de Africa para que hiciera cumplir las leyes contra aquellos sectarios. El primado de Cartago consiguió una del emperador Mauricio contra ellos, y para facilitar su ejecución, celebró un concilio, en que se mandó á todos los obispos que persiguieran á dichos hereges, pena de perder sus bienes y dignidades. San Gregorio alabó mucho el celo de este concilio, cuyas actas le fueron enviadas; pero añadió: "Temo que este decreto ofenda á los primados de las otras provincias." Sin duda éstos no creían que debían sujetarse á las leyes de un concilio de la provincia particular de Cartago.

San Gregorio no omitía ningun medio de dulzura y conciliacion para persuadir á los judíos que se convirtieran, y escribió al subdiácono Pedro y al diácono Cipriano, intendentes del patrimonio de la Iglesia de Sicilia: "Soy de parecer que prometais en mi nombre una disminucion de la renta á los que se convierten, y no temais que esta disminucion sea perdida, porque suponiendo que ellos no se conviertan sinceramente, sus hijos se bautizarán con mejores disposiciones." Pero no quería que se emplease la violencia ó la coaccion para hacerlos abrazar el cristianismo. Algunos judíos de Italia, á quienes el comercio llevaba de cuando en cuando á Marsella, se le quejaron de que muchos de los suyos eran bautizados mas por fuerza que por persuasion: el Papa escribió á los obispos de Marsella y de Arles, que era preciso instruirlos, ante todas cosas, para convertirlos sólidamente, no fuera que recibiendo el bautismo por necesidad, volbiesen luego con mal peligró á su primera supersticion. Tambien se quejaron los judíos de Caller en Cerdeña, de que uno de ellos, recién convertido, se habia apoderado de la sinagoga, y puesto en ella una cruz con una efigie de la Santísima Virgen. San Gregorio no vaciló en mandar entregarles la sinagoga, añadiendo que debía usarse con ellos de una moderacion propia para convertirlos al cristianismo, y no llevarlos á la fuerza.

La mayor parte de los aldeanos de la Cerdeña, y hasta los siervos de la Iglesia de Caller, eran todavía idólatras; y como los obispos de la isla no trabajaban con bastante celo en su conversion, envió San Gregorio á predicar la fé un obispo de Italia y el abad del monasterio que habia fundado en Roma. Escribió á los nobles y á los señores territoriales, representándoles que darian cuenta á Dios de las almas de sus siervos, y les dijo: "Os han sido encomendados para que os sirvan en vuestros intereses temporales, á fin de que vosotros les proporcionéis bienes eternos. Si ellos hacen su deber, ¿por qué no haceis vosotros el vuestro?—En cuanto á los siervos de las Iglesias, escribia al obispo de Caller: ¿De qué me sirve exhortaros á convertir los extraños, si no haceis caso de las personas que dependen de vos? Cuidad de aplicaros de aquí en adelante; porque si sé que un obispo de Cerdeña tiene un solo aldeano idólatra, le castigará severamente. Si el aldeano se obstina en su infidelidad,

es menester imponerle tan fuerte tributo que por precision se dé á partido." Tambien reprendió al obispo de Caller porque habia excomulgado á una persona que le habia injuriado; y dice con este motivo que los cánones prohiben á los obispos emplear la excomunion para sus ofensas personales. El mayor número de idólatras de la Cerdeña se hallaban entre los barbaricos, cuyo jefe Hospitino habia recibido ya el bautismo. San Gregorio le recomendó sus misioneros y le exhortó á procurar la salvacion de su nacion. El gobernador de la isla por los romanos, apoyando las intenciones del Papa, ofreció la paz á los barbaricos con la condicion que abrazasen el cristianismo.

A resultas de las guerras que afigian á Italia, se habian arruinado muchas ciudades, y destruídose sus iglesias. San Gregorio fijó su atencion en esto mal desde el principio de su pontificado, y á fin de que la corta poblacion que quedaba no careciera de todo auxilio, se la encargó á los obispos mas próximos. Unió las Iglesias de Miseno y Cumas, que eran inmediatas, y permitió al obispo residir donde quisiera; pero con la condicion de hacer celebrar los santos oficios en la Iglesia donde no residiese. Del mismo modo reunió otros muchos obispados. La Iglesia de Populonio estaba tan abandonada desde la muerte de San Cerbonio, que no se administraba la penitencia á los moribundos, ni el bautismo á los niños. San Gregorio mandó á Balbino, obispo de Roselle, que cuidase de aquella Iglesia en calidad de visitador, y que pusiera un presbítero cardinal con dos diáconos y tres presbíteros en las parroquias rurales. Entonces se llamaban cardenales los obispos, presbíteros y diáconos titulares adscritos á una Iglesia, para distinguirlos de los que la servian transitoriamente y por comision.

Habiendo sido expulsados de sus sillas muchos obispos de la Iliria por los bárbaros que asolaban el pais, el emperador mandó que se retiraran á los puntos donde todavía subsistían obispos, y que estos se encargasen de su manutencion. San Gregorio que lo supo por el gobernador de la provincia, escribió á todos los obispos de Iliria que cumpliesen aquel deber, no solamente por obedecer al emperador, sino aun mas por obedecer á Dios que nos prescribe la caridad. Sin embargo, declaró que los obispos privados de su silla no tendrian ninguna autoridad en las Iglesias que les dieran auxilio, y se contentarian con recibir su subsistencia.

El santo Pontífice velaba escrupulosamente sobre la eleccion de los obispos en Italia y en Sicilia, donde ejercia una jurisdiccion particular. Demetrio, obispo de Nápoles, fué depuesto por crímenes que merecian la muerte: San Gregorio escribió al clero, á los magistrados y al pueblo que eligieran al punto un obispo, y entre tanto envió á Nápoles á Pablo, obispo de Nepi, en calidad de visitador, permitiéndole que ordenase clérigos ó hiciera las otras funciones episcopales. Así no tenia reparo en beneficio de los fieles en mar-